



EL VIAJE DE PABLO

Miguel Ángel R. García

EL VIAJE DE PABLO



Primera edición: marzo de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Miguel Ángel R. García

ISBN: 979-13-88195-30-3

ISBN digital: 979-13-88195-31-0

Depósito legal: M-7603-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Gugu

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.

LA ADOLESCENCIA

Pablo, al salir de clase, caminaba hacia su casa. Se enfrentaba a una caminata de cuarenta y cinco minutos que hacía encantado, siempre con una sonrisa en lo que suponía un reto físico, como tanto le gustaba. Atravesaba extensos campos de trigo amarillo, envueltos por una brisa, todavía fría, que anunciaba la deseada primavera. Observaba los pájaros, insectos, los mamíferos pequeños como conejos y ratones correteando. Las pequeñas charcas ya anunciaban el cambio estacional con sus aguas temblorosas por incipientes renacuajos.

Pablo era feliz con aquel despertar de los sentidos que, a su edad adolescente, amplificaba el mimetismo con la naturaleza.

Caminaba pensando que, a su llegada a casa, mamá le tendría preparada la merienda antes de ponerse a estudiar la materia que tocaba. María era una mujer que vivía para su familia. Por su edad, nacida a mediados del siglo XX, era esposa y madre devota. Papá, de su misma genera-

ción, no llegaba hasta la noche, cuando ya todo estaba predispuesto y Pablo y su hermano, adolescente también, estaban estudiando para seguidamente cenar y acostarse. Así transcurría la semana.

Los fines de semana constituían un descanso de la disciplina y tras las clases particulares de refuerzo de los sábados por la mañana, su tarde y el domingo constituían la apertura social de Pablo y su hermano, que salían a pasear con los amigos, iban al cine o se tomaban unas horas para ir en bicicleta hasta la heladería italiana de reciente apertura en el pueblo.

Pablo disfrutaba cada instante de su vida sencilla, ordenada y facilitada, donde cada momento era la oportunidad para un descubrimiento que le acercaba a su propio conocimiento, a su yo interior que le hablaba sin cesar. Era un niño profundamente sensible, vulnerable, sin duda acentuado por una educación religiosa que le provocaba, por una parte, empatía con el sufrimiento ajeno, pero sin esquivar ciertas contradicciones de una institución que adolece de muchas virtudes y le sobran vacíos existencialistas. Atributos que no podían aceptarse sencillamente, pero que había que acatar.

Tras las clases de refuerzo de los sábados, Pablo y su familia se trasladaban al club de tenis, que estaba a las afueras del pueblo, para recibir clases grupales, ya que el deporte era importante en la vida de la familia. Pablo se lo tomaba como una actividad divertida y lúdica, pero sin estar especialmente dotado, lo cual no era una excusa para que no se lo tomase en serio y aprovechar el tiempo

deportivo. Tras la clase de tenis, él y su hermano Carlos, antes de irse a comer, salían del perímetro del club, rodeados de trigales, almendros y moreras para recolectar en un juego de aprovisionamiento todas las almendras que pudieran coger y, a su vez, comer todas las moras posibles.

Era un entorno maravilloso y único, donde cohabitaban cientos de aves frugívoras e insectívoras y que provocaba que Pablo y su hermano, siempre junto a algún amigo más de la zona, recolectasen, concentrados y absortos de tal manera, que se les pasaba el tiempo límite que les marcaban papá y mamá para jugar. Cuando se daban cuenta del exceso temporal o cuando oían a mamá gritar sus nombres desde el interior del club deportivo, ya estaban absolutamente manchados de mora en cuerpo, ropa y cara, apareciendo, finalmente, ante su madre con la barriga llena, una bolsa repleta de almendras y con una sonrisa picarona, amoratada y rezumando por las comisuras de los labios, que expresaba la satisfacción del que sabe que ha cometido una travesura inocente.

En ocasiones o fuera de la época de recolección de almendras y moras, Pablo y su hermano, correteaban por las instalaciones del club deportivo, que gozaba de enormes extensiones de césped verde, de la variedad grama, que rodeaban las pistas de tenis, así como la piscina de natación de veinticinco metros, que disponía de un trampolín en uno de sus extremos, que hacía las delicias de pequeños y mayores en verano. Disfrutaban de carreras sin fin, de jugar al escondite o al *pilla-pilla*. Mo-

le estaban a insectos, saltamontes, escarabajos, ciempiés y orugas e, incluso, en ocasiones, se atrevían a recoger caracoles, imaginando que mamá se los cocinaría más tarde, lo que no pasaba nunca. Terminando la jornada jadeando y tumbados en el césped, boca arriba, embriagados de cansancio y felicidad, escuchaban los raquetazos procedentes de las pistas más cercanas. La mejor de las sensaciones del día era aquel momento lleno de magia, que se fundía con el atardecer rojizo de los días de verano y en el que el olor a tierra mojada era la identidad vital del instante.

Llegado, de nuevo, el lunes, finalizado el fin de semana, Pablo se resignaba a la rutina semanal de las clases. No era que no le agradase ir al colegio, pero disfrutaba más la parte social que la parte académica a la que se enfrentaba desmotivado, por aburrida y tediosa. Cuándo ha sido divertido el colegio.

Los hermanos acudían diariamente a un enorme colegio cristiano. Un edificio de cuatro plantas, rectangular, acristalado con grandes ventanales, cuyas aulas estaban presididas por una cruz cristiana, ante la que cada mañana se arrodillaban, antes de iniciar la clase, para orar el *Padre Nuestro*. El colegio tenía tres campos de fútbol, una cancha de baloncesto exterior y una interior, una cancha de fútbol sala, un parque infantil y una fuente de agua fresca y una infinidad de escondites, recovecos y zonas de juego donde los alumnos disfrutaban en la medida de lo permitido por los curas, que controlaban impertinentemente la mayoría de los espacios.

Era un sistema educativo concertado, con excesivo rigor disciplinario, radicado en la segregación de géneros, en el que los alumnos eran todos varones. No había chicas, por lo que solo existía la posibilidad de relacionarse con otros chicos, atentado así contra la sociedad real, apartando a los alumnos de un desarrollo social pleno y convirtiéndolos en una subespecie escolar estigmatizada ante el resto de centros de educación públicos. Identificados con una bata azul a rayas, de botones anchos, solapa y mangas, los alumnos intentaban hacer una vida escolar normal y lo conseguían a razón de que, aquella uniformidad, les provocaba una identidad grupal cual condena común. Siete horas de clase diarias interrumpidas por el recreo y la hora de comer, provocaban el deseo de escapar de allí y, alguna vez, lo conseguían. Pablo y algún amigo, en ocasiones, aprovechaban la hora de comer para fugarse del colegio y escondiendo la bata en algún matorril, salían a hurtadillas del recinto para pasear por los alrededores o para visitar un colegio de monjas cercano, repleto de niñas, con las que se saludaban, tras las verjas, hasta que eran descubiertos por alguna monja de guardia y salían corriendo muertos de risa. En otras ocasiones, sencillamente se tumbaban en los trigales de los alrededores, hablando de trivialidades y dejando pasar el tiempo hasta la hora de volver al colegio.

Aun así, Pablo, al salir de clase al término de la jornada escolar y de camino a casa, se guardaba un as en la manga: Cuántas tardes Pablo se sentaba solo en la profundidad de los trigales que rodeaban el colegio y, sencilla-

mente, observaba y escuchaba su entorno de naturaleza y paz, en el que se agudizaban los sentidos: se abrían las fosas nasales percibiendo infinidad de olores a campo, a trigo, a tierra mojada; se agudizaba el oído, escuchando lo cercano y lo lejano a la vez y, en la obscuridad relativa y rojiza de sus párpados cerrados, jugaba a adivinar formas abstractas provocadas por el sol.

Una tarde de tantas, cual meditación involuntaria, mientras observaba Pablo cómo un pájaro triguero, el común *milaria calandrade*, reposaba sobre las espigas y movía la cabeza alegremente y la brisa le acariciaba las mejillas, advierte que un ratón de trigo le observaba curioso, entre desconfiado y amigable, con una expresión que parecía invitarlo al juego.

Tal fue la mirada mantenida de aquel roedor, que llamó la atención de Pablo. Lo inquietó profundamente al entender que aquel animalito, pese a su tamaño, se comunicaba con él, en lo que parecía una cordial aceptación mutua de interés y respeto advirtiéndolo Pablo, incluso, una tierna sonrisa. Motivo por el cual decidió llamar a su nuevo amigo: *Sonrisa*. Sería fácil reconocer a *Sonrisa* otro día, no solo por su expresión jovial, sino también por su doble mechón blanco que colgaba de su frente.

A la tarde siguiente, Pablo volvió al lugar exacto donde conoció a *Sonrisa* con la esperanza de reencontrarse con su nuevo amigo, para el que llevó en su pantalón una bolsita con migas de pan y maíz crudo. Sentado en el trigal y esperanzado de volver a ver a *Sonrisa*, le llamó con las migas en la mano extendida. Esperó y esperó, pero

Sonrisa no apareció, por lo que decidió dejar las migas con maíz sobre un pañuelo de papel usado en la tierra del trigal con la esperanza de que *Sonrisa* se lo comiera más tarde.

Al día siguiente, Pablo, volvió expectante al deseado reencuentro para salir de dudas. Y sorpresa, *Sonrisa* se comió la comida que dejó, pero ni rastro de *Sonrisa*. Durante una semana se repitió la expectativa sin éxito y, a la semana siguiente, desesperanzado ya Pablo de un reencuentro, se acostó en el trigal panza arriba y colocando las migas sobre su estómago, se quedó dormido.

—¡Despierta! —escuchó Pablo—. ¡Despierta, despierta! —escuchó de nuevo.

Pablo desveló su sueño y al abrir los ojos allí estaban los dos pequeños mechones blancos sobre los ojos de *Sonrisa*. Con una miga de pan sujeta con las patas delanteras y mientras se la comía miraba a Pablo, esbozando lo que parecía una sonrisa.

—¡Está bueno! —afirmó *Sonrisa*.

—¿*Sonrisa*? —exclamó Pablo.

—Gracias por la comida de la semana, pero no hacía falta. Con el trigo tengo suficiente, pero me alegro de nuestro encuentro. Y nunca está de más variar la dieta.

—¿Cómo es posible? —preguntó Pablo.

—Siéndolo —contestó *Sonrisa*.

Pablo jamás habría imaginado que su acto de acercamiento a *Sonrisa* hubiera desembocado en una charla con el simpático ratón. ¿Estaría hablando solo, producto de su imaginación? Desconcertado dejó llevarse, en todo

caso, por su imaginación y dio rienda suelta a su conversación con *Sonrisa*.

—¡*Sonrisa*! —exclamó Pablo—. ¿Puedes hablar?

—Claro —contestó *Sonrisa*—. ¿Pensabas que los animales no sabemos comunicarnos? Y además tenemos sentimientos.

A partir de entonces, Pablo y *Sonrisa* conversaron largo y tendido, día tras día, semana tras semana. Conversaron sobre todos los temas posibles, sobre los humanos y los animales.

Pablo, le explicó a *Sonrisa* cómo funcionaba la vida de los humanos, por lo menos vista desde su adolescencia. Pablo le contó que vivía con sus padres y su hermano Carlos, y que los padres cuidaban de sus hijos y les proporcionaban comida y un techo donde dormir caliente. Al ser «humanos», creían que eran muy inteligentes y por ello tenían que ir al colegio para estudiar hasta el final y tener una profesión para ganarse la vida, trabajando a cambio de un salario: dinero para comprar comida. Aunque no era justo porque había trabajadores que recibían por su trabajo menos salario que otros. Ello tenía su explicación en que no todos los trabajadores estudiaban hasta el final ya que, o no querían estudiar o no podían al tener que trabajar desde que eran niños para ayudar a comprar comida a sus padres. Esas eran las reglas de los mayores que los niños no podían entender... con lo fácil que sería un salario universal para todos los humanos y que todos pudiesen comer y dormir en una cama caliente.

Sonrisa, desconcertado, contestó a Pablo que era una suerte tener ese problema ya que, era fácil resolverlo poniéndose de acuerdo. Eran los más inteligentes del Planeta, ¿o no?

Sonrisa empezó, entonces, a narrar a Pablo que él y su familia eran muy felices y no eran los más inteligentes, ni tenían salarios, ni tenían que comprar comida, solo cogerla cuando tenían hambre o recolectarla para el invierno. Y para dormir calentitos hacían una madriguera y a descansar. El resto del tiempo que tenían era para disfrutar de estar juntos y contemplar la naturaleza: Observar los amaneceres y los atardeceres. Mirar muy temprano al horizonte y esperar a que asomara el sol, anunciado por una gama de colores del arcoíris. Disfrutar del día recolectando juntos los frutos o semillas preferidas, jugar con otros animalitos amigables, dormir la siesta bajo un viejo olivo mecido por el canto de los pájaros y, al final del día observar la puesta del sol con la sensación de haber aprovechado un día más de vida: «vivir». De vez en cuando, por supuesto, se reunían con la familia o amigos y celebraban la comunidad.

Definitivamente, Pablo y *Sonrisa* habían conectado y establecieron una amistad de la que disfrutaban cada día a la salida de clase de Pablo.

Con el tiempo, *Sonrisa*, confiado en la nobleza de Pablo, lo llevó frente a un pequeño agujero que asomaba a los pies de un olivo cercano al lugar donde pasaban tantas horas conversando y le dijo:

—Siéntate, Pablo, y espera, quiero que veas algo.

Sonrisa, entonces, entró en aquel diminuto agujero. Tras un instante, Pablo, que observaba con expectación y curiosidad la entrada de la madriguera, escuchó un susurro de tierra moviéndose que anunciaba que *Sonrisa* no estaba solo y, por fin, vio asomarse tímidamente en la oscuridad del agujero cuatro diminutos mechones blancos: dos ratoncitos, seguidores de *Sonrisa*.

—Estos son mis hijos —exclamó *Sonrisa*.

Apresuradamente, los dos ratoncitos corrieron hasta los pies de Pablo invitándolo a jugar y reír de forma alborotada. Pablo los acogió alegremente y jugó con ellos hasta que *Sonrisa* puso un poco de orden y los tranquilizó.

Pablo, entonces, preguntó inocentemente a los ratoncitos:

—¿Dónde está mamá?

Y en ese mismo instante los dos ratoncitos dejaron de jugar y se quedaron callados como témpanos de hielo. Uno de ellos exclamó:

—Se la comió el Dragón de Hierro.

Pablo avergonzado bajó la cabeza y se disculpó con *Sonrisa*.

—No tienes nada de lo que disculparte —contestó *Sonrisa*—. Fue el verano pasado en época de siega. La segadora se la tragó.

Sonrisa le contó a Pablo cómo transcurrió la desgracia. Fue una fase de su vida muy dura que ya había dejado atrás y que, sin olvidar a su *Ratona*, que siempre la llevaría en su corazón, tenía dos hijos que le dieron la fuerza de supervivencia. Ya quedaron atrás el *shock* inicial, el em-

botamiento, la ira, la adaptación a su ausencia en lo cotidiano, la tristeza y la desesperanza y, finalmente, una vez aceptado, llegó la paz para seguir viviendo estoicamente, pero, con la satisfacción de haber compartido un tiempo insustituible con alguien tan especial. Al fin y al cabo, nadie muere si lo recordamos.

Pablo entendió de este modo, el sentido de la vida: «vivir», en el mejor de los casos, con una sonrisa por lo pasado y por lo que está por venir. El pasado, pasado es, el futuro no existe y lo que importa es el ahora. «Realmente —dedujo Pablo—, la vida no nos proporciona la libertad de elección, ya que estamos sometidos a lo imponderable, a lo imprevisto. Debemos concentrarnos en el *carpe diem*, aprovechar el tiempo. Qué ingenuo pensar que los humanos tenemos algún control sobre la vida».

Tras la larga charla de los dos amigos y ya reflexivos, decidieron irse a casa ya que era tarde.

Pasaron los días, avanzó el curso académico y Pablo se enfrentaba a los exámenes finales no sin inquietud, pero con la esperanza de ser un buen estudiante. Sabía que al final del curso debería despedirse de *Sonrisa* hasta el final del verano, momento en el que volvería al reencontrarse con él, ya que los veranos Pablo y su familia se desplazaban a la ciudad del padre de Pablo: una maravillosa tierra lejana, en la Macaronesia, rodeada de bosques y playas, que gozaba de un clima subtropical que proporcionaba la explosión de los sentidos. Cumbres, macizos, cientos de volcanes, llanos, valles, cañadas y parques nacionales convertían el entorno y la estancia en un infinito descubri-

miento. Un archipiélago habitado por gente amable pero reservada, sin que pudiera confundirse amabilidad con debilidad. Gente que se preocupaba, quizás en exceso, por agradar al turismo internacional masivo que acogía.